

encauzan los esfuerzos á encontrar los medios más sencillos para satisfacer las exigencias de la vida intelectual, considerándole como una modalidad particular de la vida, que obedece á las leyes de ésta. A esta corriente pertenecen los físicos Maxwell, Hertz y Ernesto Mach; esta tendencia está realizada del modo más característico en el ensayo que ha hecho Avenarius para una historia natural de los problemas.—La tercera corriente se ocupa principalmente del problema de los valores. *La filosofía de los valores* procura estudiar los problemas fundamentales éticos y religiosos y explicarlos y resolverlos adoptando nuevos puntos de vista. En Guyau y en Nietzsche predomina el factor subjetivo. En Rodolfo Eucken, este interés se une á una especulación que procura demostrar la necesidad de los poderes objetivos para que la subjetividad no flote completamente en el aire. William James trata del problema de los valores en un estudio de psicología religiosa, que procura dar por medio de la descripción de los diferentes tipos religiosos una orientación completa, sobre la naturaleza de la vida religiosa.—En estos tres grupos la observación y el análisis desempeñan un papel importante, de suerte que la cuaternidad de los problemas que encontré por el procedimiento histórico en la *Historia de la filosofía moderna* y que procuré determinar con más precisión en mis *Problemas filosóficos*, encuentra aún aquí su confirmación.

Al caracterizar estos tres grupos de pensadores, espero poder indicar el medio para encontrar la orientación mental en la vida intelectual contemporánea.

Haraldo Höffding.

Entre el sinnúmero de traducciones con que la efervescencia cultural enriquece nuestro país, las de índole filosófica suelen tener un carácter selectivo y amplio, por lo cual, de seguir así, tendremos dentro de poco en castellano los mejores pensadores contemporáneos. Y no hay duda, que si la literatura barata tiende á dar pasto á la imaginación utópica, la verdadera literatura científica es la mejor disciplina mental, que por medio de la lectura puede contribuir á cambiar las perspectivas añejas de nuestra mente, inspirándole una norma y un criterio esencialmente positivo.

La efervescencia mental y el eruditismo son cosas muy distintas de la profundidad, solidez y abundosidad de pensamiento. En estos países del sol, no comprendemos ni nos produce interés un espíritu comprensivo y laborioso, de relevante y positivo mérito, cuyo prestigio se logre más con la perseverancia, que por medio de la fascinación.

Haraldo Höffding es hoy un pensador de fama mundial, que llega á saborear su triunfo en la tranquila tarde de su vida; es uno de los que *han llegado* después de los treinta años, y que comenzó á producir obras de renombre cuando otros cierran el pequeño ciclo de su trabajo mental, para coticarlo después en posiciones oficiales decorativas. Espíritu serio, modesto y laborioso, entregado sinceramente á la dulce, tranquila y obstinada pasión del saber, su obra es una sólida construcción espiritual de hierro y de granito, de esas que se yerguen para desafiar al tiempo, que revelan el carác-

ter universal y total de la persona, sin acusar detalles fragmentarios de su individualidad. Este pensador quiere permanecer oculto detrás de su obra, porque él, como Wundt, como todo espíritu realmente laborioso, es su obra.—Nació en Copenhague el 4 de Marzo de 1843. Desciende de padres comerciantes. En 1864 comenzó sus estudios universitarios, dedicándose a la teología protestante y a la filosofía, si bien en 1865, á los veintidós años, hubo de abandonar los estudios teológicos, convencido, como él dice, de que la verdad no se le presentaba por aquel camino. En 1870, es decir, á los veintisiete años, se doctoró en Filosofía, y solo diez años más tarde se le nombró profesor auxiliar de la Universidad, desempeñando este cargo hasta 1883, en que se le nombró profesor ordinario. Höffding no pudo ser catedrático de Universidad hasta los cuarenta años. En España, los jóvenes con verdadera vocación científica, se despistan si á los veintitres ó veinticinco no alcanzan cátedra. Bien es verdad, que la Universidad hace muy poco para retenerlos en su seno, cuando ve en ellos espíritus investigadores y con amor al trabajo.

La afición á la filosofía no se despertó en Höffding muy temprano. Él mismo dice en la pequeña autobiografía que precede á su tesis doctoral, según costumbre de las Universidades de Alemania y Dinamarca, que su vocación filosófica no se le avivó de estudiante. Hé aquí una golondrina que orientó tarde su vuelo. Primeramente había pensado dedicarse á la filología á causa de su interés por las lenguas antiguas y por la historia. Más tarde, cuando se despertó su sentimiento religioso, se dedicó á la teología para seguir la carrera eclesiástica. «Pero, como dice él, bien pronto surgió la duda en mi espíritu, duda que no permitió que reinase en mi alma el contento y sosiego, que aspiraba lograr en el terreno religioso y en el terreno científico. Lejos de ilustrarme y satisfacerme este estudio, me desmoralizó y paralizó. El estudio de los trabajos de Kierkegaard y de la filosofía, legitimó cada vez más ante mi mente las críticas que desde las cátedras de la

Universidad se lanzaban con gran vigor contra la teología. Abandoné mis estudios de teología en el verano de 1865, convencido de que debía buscar por otros caminos la verdad que no había encontrado en éste. Había renunciado á la idea de entrar al servicio de la Iglesia; me ocupaba entonces principalmente de historia, de literatura y de lenguas muertas, disciplinas que también *profesé*. La antigüedad clásica, á causa del contraste que ofrecía con el período escolástico, que había atravesado, brillaba á mis ojos con una luz más libre y más clara; fué para mí un nuevo motivo de alegría el estudio de los historiadores, de los poetas, y poco después principalmente de los filósofos. De ellos saqué mi profunda convicción de la importancia y de la autonomía de la ciencia y de la vida humana—y, sin embargo, aún encontraba la verdadera expresión de mi fe religiosa en los dogmas de la Iglesia:—creí de este modo encontrar una justificación á mi proceder en la concepción que estaba entonces muy en boga, según la cual, religión y ciencia constituyen dos provincias ó territorios completamente distintos y pueden, por este hecho, coexistir unidas. (Esta concepción fué defendida por el profesor Rasmus Nilsen.) Por mi parte, siempre tomé desde luego esta concepción en su aspecto escéptico y negativo, considerándola más bien como un medio hábil para dar una solución personal, que como una doctrina verdaderamente positiva... Lo que más tarde me desvió de ella, fué, de una parte, la crítica muy tenaz de que fué objeto por el profesor Hans Bröchner y por otra, el carácter cada vez más dogmático que le dió su fundador, poco á poco. A esto hay que añadir el estudio que hice de la filosofía con carácter cada vez más independiente. La necesidad que tenía de unidad y de armonía en mi concepción del mundo, creció con la confianza que otorgaba al espíritu humano para lograrla. Todo esto no hace más que arraigar en mí un ideal, pero un ideal que impulsa al espíritu á investigaciones siempre renovadas.»

Höffding llegó, pues, al terreno de la filosofía después de

un largo rodeo, que ha servido para llenar sus producciones filosóficas y su espíritu de un caudal de cultura incomparable. Su mente pasa por las fases de evolución, que ha seguido la humanidad: fase religiosa, fase poético-histórica, fase crítica y científica. Llama al umbral de la filosofía como Colón en la Rábida, con un mundo dentro de la mente, pero con muchas amarguras y desengaños en el corazón. Espíritu robusto é inquisitivo, en que la crisis de su fe no se entrega á la duda, que es un vencimiento, cuando no es una mera preparación. Su fuerte individualidad y su íntima autonomía son el Jordán donde anega todos sus prejuicios y sinsabores y no se da á la filosofía por simple consuelo, sino por entrañable necesidad.

Así se explica que, aunque al parecer advenedizo, entre en la filosofía como en la propia casa y logre en el último tercio de su vida actual todo el renombre y fama atesorados durante los primeros cuarenta años. Hoy es Höffding miembro de la Sociedad Real danesa de Ciencias y de Artes y correspondiente de muchas sociedades científicas extranjeras (París, Londres, Roma y otras muchas).

Aunque desconocemos detalles íntimos de la vida intelectual de Höffding, debemos reconocer en él un temperamento filosófico inicial, que le trajo como de la mano al terreno propiamente filosófico. La filosofía, considerada como producto de una evolución personal, no tuvo siempre el mismo carácter, ni hay en la obra considerada en sí, independientemente de la persona, la expresión de un proceso dialéctico y sistemático que se observa en el estudio de los *dii majores* del pensamiento filosófico alemán de la época romántica. Pero esto avalora su mérito en la época presente, porque la mayor consecuencia con lo pensado antes, no debe ser nunca incompatible con la sinceridad de lo que ahora pensemos, ni nuestra posición mental de ahora debe ser una traba, un obstáculo, para seguir investigando. Por eso el escepticismo y el negativismo que se le achaca, no está justificado desde el momento que á los problemas que en el curso de su solución mental ha

planteado le dió una solución afirmativa, procurando hacer compatible el determinismo natural á que todo proceso científico y, por lo tanto, natural, debe someterse, con el alto valor personal de estimación ennoblecido, según él, desde el momento en que se descubren sus raíces «en el vasto sistema de la realidad».

Sin abandonar la posición mental adoptada en su juventud, que confirma cada vez más, Höffding llega á la convicción de la relatividad del conocimiento y de la existencia para él y para todo pensador de un elemento incognoscible, cantidad constante, pero decreciente, y que es causa del progreso filosófico y de todo progreso intelectual. Höffding confiesa que el resultado de su labor es que durante su largo viaje en el terreno del pensamiento, los problemas adquirieron para él mayor importancia y una expresión más clara y definida. Tan interesante es la acuidad lograda por el ojo para la intuición por medio del razonamiento, como los vastos horizontes del paisaje que domina.

Höffding conserva, pues, la identidad de su persona á través de los diferentes cambios ó aspectos en que se nos presenta. Y lo que más le sorprende á él, es el contraste entre su dogmatismo tácito inicial, con su criticismo riguroso actual. El nexo que ata su personalidad actual con la de su juventud, es «el sentido de la importancia de la vida interior y la necesidad de encontrar expresiones para los esfuerzos y disposiciones del alma durante el combate de la vida; la necesidad de ver expresado en imágenes ó en pensamientos de gran importancia el valor de la vida y de su destino». Es decir, que para él, el pensar es una necesidad, el inquirir una obligación. Tiene temperamento de investigador, y el interés ha de encontrarlo, por lo tanto, en la investigación misma, sin preocuparse de sus resultados. Si hubiese descansado muellemente en su fe juvenil, tal vez el curso de su evolución mental se anegase pronto en el convencionalismo ó en la duda empírica. La necesidad de creer y la necesidad de du-

dar, se concilian en él como dos ríos afluentes que desembocan en otro más caudaloso, en la *necesidad de saber*.

Esta íntima necesidad ha hecho tal vez que Höffding hubiese sido filósofo aun en la juventud, por más que no hubiese profesado con predilección la filosofía. Por ser muy relevante y primordial la necesidad de investigar, su juventud no fué para él la estación florida de la vida. Precisamente veía que las flores de su alma se marchitaban como margaritas de otoño al aparecer el crepúsculo de su fe, que era entonces su asidero más seguro. Con inimitable sinceridad dice él: «me preguntaba á mí mismo á dónde debía dirigirme con mi necesidad de claridad, y me preguntaba además si encontraría alguna vez algún campo de acción».

Su ruptura con la teología trajo como consecuencia la polarización de su personalidad en la fase externa é interna de la misma. Su vida interior y su vida exterior sufrieron un dualismo insoportable para él, según su propia confesión. Esta crisis, por la que pasa todo pensador que trabaja con seriedad y sinceridad, fué una enfermedad intelectual, que curó Höffding sin terapéutica, es decir, con la sola *vis medicatus* de su fuerte complexión espiritual. «Saliendo de mi célula, dice, entré en relación viva con la vida.» Ella le enseñó á conocer por la propia experiencia el valor de las relaciones propiamente humanas. Una vez orientado emprendió la marcha.

Su cultura clásica por un lado, y esta última orientación realista por otro, forjaron en él la concepción de la ciencia como un valor substantivo y la posibilidad de llegar á una concepción iteradora de la vida humana, con carácter humano y libre. Fué esta una lenta conversión, que cambió radicalmente el contenido de su personalidad, pero conservando siempre su forma primitiva. Ya la explica él admirablemente en su *Psicología*. ¡Cuántos puntos de contacto con la de Ardigó! El problema filosófico se le presenta, pues, como un problema de valores, como un problema de sistematización objetiva de la realidad y como un problema de interés vital.

Una naturaleza tan personal, tan íntimamente concentra-

da y compleja como la de Höffding en su evolución intelectual lenta, había de procurar la familiarización con aquellos autores de temperamento semejante ó análogo al suyo. El que ejerció una influencia más predominante en su espíritu fué su maestro Kierkegaard, á quien debe, según él, su doctrina de la personalidad, que juega en su concepción de la filosofía un papel muy importante. Por consejo de Bröchner leyó las cartas de Espinosa durante una excursión que á los veintinueve años hizo durante el verano por el Jufland. Kant y Rousseau ejercieron también una gran influencia en su espíritu. Pero, sobre todo, la filosofía inglesa, Kierkegaard y Espinosa, son los elementos con los cuales constituyó su posición central, á la que se atuvo después para siempre.

Höffding es un pensador de corte genuinamente kantiano. Como Kant, sufrió la doble influencia del pietismo alemán y del experimentalismo inglés. Es una naturaleza en que el misticismo y el criticismo, al parecer contrapuestos, juegan simultáneamente un papel primordial y son los polos de su vida. Tal vez en Schleiermacher y en Lessing, el misticismo y el criticismo se enlacen mejor que en Kant, en Espinosa y en Höffding; pero en estos últimos, de naturaleza revelantemente mental, «un vivo pensamiento y un sentimiento claro trabajan mutuamente y con más frecuencia de lo que ordinariamente se cree». En su opúsculo sobre Rousseau, y en otros trabajos (*Rousseaus Einfluss auf die definitive Form der Kantischen Etik. Kant Studien II*), hace resaltar el papel del sentimiento. En su *Psicología*, al desarrollar la teoría de la voluntad, coincide con Wundt sobre el carácter de ésta, pero la estructura especial de su espíritu y gran parte del contenido de su doctrina pertenece á Kant, con la diferencia de un siglo que media entre este pensador y el filósofo de Königsberg. Hasta los resultados de la investigación en ambos parecen coincidir, pues no llegan á un dogmatismo de carácter objetivo, sino á un negativismo ó escepticismo instigado por una fuerte convicción personal, que es expresión de todo el

esfuerzo hecho y todo el resultado logrado á través de la investigación.

Höffding se asombra de que en la filosofía contemporánea se dé tanta importancia al idealismo. El idealismo metafísico se extravía, según él, en un campo de analogías que no se pueden comprobar. La filosofía debe procurar investigar hasta determinar los límites del pensamiento, que hay que definir rigurosamente, y una vez logrado este objeto, adoptar una actitud viril y crítica para reforzar estas pruebas con el pensamiento y con la conducta. Si hay necesidades espirituales que tienden á llevarnos á la creencia en un más allá, la filosofía debe hacer un estudio psicológico é histórico de estas necesidades y de los ensayos transcendentales á que dieron lugar. Se necesita, por lo tanto, adquirir, no solamente una medida, una norma del conocimiento, sino también una medida de los valores. La filosofía es para Höffding explicación, prueba y estimación, según se atiende á su aspecto psicológico, lógico-criteriológico y moral. La filosofía, por lo tanto, en el proceso de su evolución, debe procurar ser cada vez más científica y cada vez más personal, hasta el punto de reducirse al esquema de *pensamiento y realidad*, que es la fórmula del filósofo ruso Spir. Por este camino sólo pueden llegarse á soluciones muy radicales, que tienen que contrastar necesariamente con el pensamiento contemporáneo, que se resiente aún del lastre de muchas ideas y dogmas preconcebidos. El ideal de la filosofía contemporánea debe consistir, á su modo de ver, en conciliar su aspecto crítico, científico, sistemático, con su contenido personal, con la caracterización mental del investigador. El mundo y el hombre son dos centros de gravedad para la vida mental, que el pensador debe someter á mutua y constante interversión, para que la construcción objetiva no sea un esquema solamente, y la concepción subjetiva un mero sueño. El pensador ha de distinguirse del poeta en que su trabajo mental, sin perder originalidad, ha de ser encadenado y sistematizado, según los procesos determinantes de la naturaleza, á cuyo mandato en for-

ma de estímulo ha de atenerse siempre el pensador, que quiere comprobar experimentalmente sus experiencias.

Este contenido filosófico, tan rico, tan intenso y tan armónico, se halla contenido en múltiples trabajos. La bibliografía de este pensador es bastante copiosa. Su tesis doctoral versó sobre «La concepción de la voluntad en la filosofía griega», y este trabajo no se tradujo aún del danés. A los treinta años publicó su obra sobre la *Filosofía inglesa contemporánea*, 1874 (traducida al alemán en 1889.) En 1882, es decir, á los treinta y ocho años, publicó su *Psicología*, de la cual se hicieron en danés cinco ediciones, siendo la última de 1905. Está traducida á muchas lenguas europeas y al japonés. En 1887 publicó su *Ética*, de la cual se hicieron ya en danés tres ediciones (la última es de 1905). Está traducida al alemán, al francés, al ruso, al polaco y al español. En 1894 publicó su *Historia de la Filosofía Moderna*, traducida al francés, al inglés, al alemán, al italiano y al español. En 1901 publicó su *Filosofía de la Religión*, traducida á todas las lenguas ya citadas. En el mismo año publicó en la *Revue Philosophique* un notable trabajo sobre *Los fundamentos del juicio*. En 1902 publicó sus *Problemas filosóficos*, traducidos al alemán y al inglés.—En 1904 vió la luz su obra *Filósofos contemporáneos*, traducida al alemán y al francés, y que publica ahora en castellano D. Daniel Jorro, editor de la *Biblioteca Científico-Filosófica*, traducida por mí. Su última producción de importancia es un trabajo sobre las Categorías (1908), traducido al alemán en los *Anales de Filosofía de la Naturaleza*, de Ostwald. Son muy notables también sus trabajos *Sören Kierkegaard als Philosoph* y *J. J. Rousseau als Philosoph*.—Colabora en muchas publicaciones de su país, en *Kant Studien Archiv für die Gesamte Psychologie and Physiologie des Sinnes organe*, *Vierteljahrsschrift für Wissenschaftliche Philosophie*, *International Journal of Ethics*, *Revue Philosophique* y otras muchas. A pesar de esta notable labor, aún espera la literatura científica de él nuevos y más sazona-

dos frutos, que le colocan sin duda en primera línea entre la serie de pensadores contemporáneos.

La Psicología de Höffding.--Muy difícil es caracterizar la dirección psicológica de un pensador como Höffding, que á una gran cultura filosófica, une un criterio, una manera de ser muy personal. No es su doctrina fruto de una larga labor experimental, como la de Wundt, que dejó la Medicina y se consagró á la Filosofía, para sistematizarla lo mejor posible en relación con las exigencias de la época actual. Leyendo á Höffding, se percibe el gran marasmo que aún caracteriza este campo del saber y el largo camino que la Psicología, después de haber recabado su autonomía de la Metafísica, tiene que recorrer para organizarse y constituirse como ciencia perfecta y relativamente completa. Su cerebro viene á ser el punto de confluencia de todas las corrientes iniciadas por la cultura psicológica actual. Se advierte, por lo tanto, en una atenta inspección, que la corriente central y más valiosa tiene un doble carácter en Höffding: es por una parte objetiva sistemática, por lo cual coincide con Wundt y con todos los psicólogos que basan la psicología en un terreno experimental, con subsuelo fisiológico, y es por otra parte crítica especulativa, por lo cual recoge toda la tradición viva del pensamiento kantiano, con conexiones más ó menos próximas é inmediatas con Espinosa y Descartes. Y esto es lo que distingue su psicología de la de Wundt, en cuya obra se encuentra una trabazón científica más rigurosa, mayor anhelo de ajustar el pensamiento á la realidad; pero, en cambio, se advierte que la mente especulativa y pensadora, atada á la realidad como á una cadena, pierde en parte sus fueros para introspeccionar la psíquica en la variedad múltiple de sus aspectos, penetrando con avidez y resolución en el terreno de lo incognoscible, con lucubraciones verosímiles, que al menos preventivamente dan luz y descanso al ojo escrutador.

Höffding, como Ribot, como Ardigó y como Spencer, muestra una vez más cómo la psicología de gabinete no carece de valor real, al lado de la psicología de laboratorio,

cuya investigación detallada y monográfica necesita un criterio y una norma de organización. Muchas veces, para conocer la estructura y la forma del panal en que tabicadas trabajan las abejas, sirve mejor el ojo del hombre que utiliza la miel, que el de las propias abejas que la elaboran. Höffding reprocha y con justicia á la psicología experimental, que no puede monopolizar el campo de la investigación, porque está doblemente limitada por la complejidad de ciertos procesos y también por las condiciones artificiales á que se somete el fenómeno psíquico en el experimento. Claro está que este reproche tiene sólo valor de actualidad, por cuanto á la complejidad de ciertos procesos puede corresponder una mayor precisión en la determinación de sus correlativos fisiológicos, y la experiencia puede normarse, como en otra parte sostiene el mismo Höffding.

En la determinación de la naturaleza de la Psicología coincide con Wundt, al considerarla como la ciencia de la experiencia inmediata, como una de las ciencias de la naturaleza. Hasta el lugar que le asigna en la clasificación de las ciencias coincide con el de Wundt, al considerar que viene á ser el punto de interversión de las ciencias de la naturaleza y de las ciencias del espíritu.

Pero así como en Wundt la Psicología tiene un carácter definitivo, un objeto determinado, para Höffding se restringe el objeto de la Psicología, al estudio de la *mens* (conciencia), en oposición al de *ánima* (alma), que para Wundt es *Tätigkeit* (actividad). En Höffding unas veces aparece el alma como una suma de todos los procesos mentales (carácter que le da Wundt), y otras veces coincidiendo con Hernán Lotze, se la considera como un centro de acción y de pasión, como una substancia. Unas veces se restringe la psicología al terreno puramente empírico, y otras veces, al estudiar sus relaciones con la metafísica y con la filosofía, no niega la idea de Lotze de que la psicología será en el porvenir una metafísica aplicada, y sostiene el valor filosófico de la psicología para llegar á una explicación y concepción del universo. Estas va-

cilaciones y dudas, agrandadas con el caudal inmenso de su cultura, son realmente un obstáculo para una crítica decisiva, por cuanto es muy difícil llegar en este pensador á la iteración central de sus ideas.

Höffding considera la conciencia en general como una actividad de agrupación y de síntesis (actividad unificadora y sintética de Wundt). Este concepto es viejo en la Psicología. Data de Aristóteles, y á través de Plotino, Leibnitz y Hume, llega hasta Kant. Los caracteres que señala á la vida consciente son tres: 1.º, oposición y cambio; 2.º, conexión de elementos en simultaneidad; 3.º, conservación y reproducción de estados y procesos anteriores (*Habit* de W. James). En las relaciones entre la vida consciente y la vida orgánica es monista, coincidiendo con Fecher y Wundt, al considerar lo físico y lo psíquico como los dos lados cóncavo y convexo de un mismo espejo. En su trabajo *Psychische und Physische activitat*, estudia fundamentalmente esta cuestión. La hipótesis de la identidad la debe á Espinosa y tiende á hacerla compatible con cualquier hipótesis que sobre la esencia metafísica del alma se sustente, si bien aconseja que toda metafísica debe orientarse siempre en el sentido de la resultante total de la evolución de la ciencia.

Al concebir la conciencia como una actividad (capítulo relativo á lo consciente é inconsciente), cree que está sometido á la ley de la evolución, si bien otras veces es partidario de la teoría epifenomenista. «Así como hay una gran distancia, dice, entre las funciones del cerebro humano y los movimientos de un grupo de átomos orgánicos, hay que admitir también gran diferencia entre la conciencia humana y el *correlativo psíquico*, inherente al grupo de átomos, aunque la diferencia no sea más que de grado... Pero una *diferencia de grado* no excluye la posibilidad de la producción de formas y propiedades enteramente nuevas, de las cuales no tuviéramos correspondencia en ninguna de las etapas anteriores.» Y en otra parte (p. 136 de la edición española). «Por lo tanto, lo que se manifiesta en nosotros por la introspección debe ser algo

que existe también, bajo otras formas, en etapas inferiores. El hecho que la conciencia nos parece nacer de la nada, no es, pues, más que una apariencia.» Y esto es, pues, precisamente lo que falta por probar, porque si la conciencia, como actividad real, no es energía física, ni está sometida al principio de unidad y conservación de ésta, no hay derecho para buscar á sus propiedades determinadas por introspección correlativos infrapsíquicos y hasta inorgánicos. El argumento, por analogía, es bastante flojo cuando se trata de determinar la naturaleza y la evolución de la conciencia.

En la determinación de los elementos psíquicos (considerados como fases ó cualidades de los estados ó fenómenos de conciencia) da á la voluntad y al sentimiento un papel predominante, pero sobre todo á la voluntad, que para él es la fuerza que mantiene reunidos los diversos elementos de la conciencia, y hace de ellos, por su unión, el contenido de una sola y misma conciencia. Su símbolo orgánico es la concentración y regularización cerebral. Esta actividad, como fuerza concentrada y en sentido amplio, es fuerza de integración y de diferenciación psíquica. La definición genérica que da de la voluntad, es la de ser el aspecto activo de la vida consciente. Su voluntarismo, como el de Wundt, no significa más que el carácter típico que presenta á la experiencia inmediata todo fenómeno consciente, susceptible, en general, de determinación cualitativa é intensiva; pero de ninguna manera un predominio y un principio originario de este elemento psíquico con relación á los otros dos. Admite la complejidad de elementos en los procesos concretos, cuyo predominio cualitativo ó intensivo determina la variedad de estados.

Como se ve, pues, resumiendo, la Psicología de Höffding y la de Wundt, tienen muchos puntos de contacto en cuestiones fundamentales, si bien los trabajos de Wundt tienen un carácter más decisivo y sistemático.

Así como en Psicología coincide fundamentalmente con Wundt, en la teoría del conocimiento se muestra discípulo de Kant.

La Ética de Höffding.—En su obra de Moral, Höffding afirma el carácter personal de su filosofía, tratando de desenvolver, en una esfera exclusivamente humana, las condiciones y formas éticas de la vida. La reflexión y la experiencia le llevaron á afirmar que solamente una moral, basada en principios sacados de la vida, puede normar la misma vida de donde ha salido, así como el agua que brota como manantial de la tierra y se pierde en el mar, es la misma que más tarde, en forma de lluvia fecundante, ha de fertilizar la tierra, de cuyas entrañas brotó

No es solamente Höffding el único que imprime esta dirección *humanista* á los estudios éticos. En Inglaterra, en los Estados Unidos y en Austria, tiene la Filosofía representantes que, en Ética, vuelven sus ojos á Sócrates, como en Filosofía general á Aristóteles. Hasta se tiende á sistematizar la vida y la ciencia, dentro de una concepción *antropogeocéntrica*, con una tonalidad ó un aspecto genuinamente ético. Encaja, pues, perfectamente la Ética de Höffding dentro de la corriente central de los estudios éticos, hasta hace poco influenciados por Kant y por los utilitaristas ingleses. Con un estilo muy denso y algo pesado trata todas las cuestiones morales, buscándoles su base científica en la psicología y en la teoría del conocimiento. Tal vez lo más interesante de la Ética de Höffding sea la segunda parte de la obra de carácter esencialmente práctico, ó, como dice él, *psicagógico*. Desenvuelve el problema de la cultura en todas sus fases, y lo aplica á todas las esferas de asociación humana, como veremos después. Este carácter cultural que da á la Ética, coincide con el *normativo* que le señala Wundt y propedéutico que le asignaba la Ética tradicional.

La ética es, pues, una ciencia práctica. Como moral científica, tiene un carácter histórico y un carácter filosófico, necesitando lo histórico de un fundamento filosófico y precisando lo filosófico de una comprobación histórica. Tanto el aspecto histórico, como el filosófico, arrancan de lo personal. Donde más se nota la influencia ejercida por Kierkegaard

en Höffding, es en el terreno de la Ética. Para que la Ética pueda tener un carácter científico, necesita una base y un criterio. La base, para Höffding, es afectiva, y el criterio es extrínseco á la misma moralidad positiva. Pero yo pregunto: ¿se puede construir la moral científica sobre este terreno solamente? A mi modo de ver, además de la base y del criterio, hay que determinar las leyes de evolución de la tendencia y sus relaciones constantes con el criterio universal de apreciación; por lo tanto, la moral científica no supone solamente una base y un criterio, sino también una valoración impersonal, aun cuando se saque del contenido de la vida personal, valoración que viene á ser á modo de tabla científicamente constante ó progresivamente variable. El valor de un juicio moral no depende solamente de la propia estimación, sino también de su intrínseca naturaleza, que es la atribución de un acto á un agente, en conformidad con una ley. Dudamos que pueda construirse científicamente la moral sin este requisito. Aunque Höffding, en alguno de sus pasajes, sostiene la importancia de la relación que debe establecerse entre la base y el criterio, no explica cómo se determina, ni las leyes á que se somete, al menos explícitamente. Porque si la moral científica ha de tener un valor práctico, preciso es que en cada momento de la evolución moral determine *normativamente* la relación variable de la base al criterio, de la *forma* al *contenido* moral. Si, según Höffding, en todo juicio moral hay que separar, lo que es capital propio de la persona individual, de lo que es aportación ó patrimonio de la especie, venimos á parar á lo que más arriba decíamos, á la necesidad de buscar á los juicios morales un principio básico, que no sea exclusivamente personal. Queda siempre por determinar lo que en cada momento consideramos como propio del individuo y como legado ó patrimonio de la especie.

Critica acerbamente la moral teológica y, en general, toda moral que se base en el principio de autoridad, al que sólo concede un valor puramente educativo é histórico, tanto en lo

que respecta á la vida del individuo, como á la vida de la especie. En la crítica de la moral teológica no presenta argumentos muy decisivos y contundentes.

En el estudio de la conciencia moral da un papel predominante al sentimiento, al decir que «toda apreciación de actos supone un sujeto capaz de experimentar placer y dolor». Cuando sostiene que el sentimiento producido, determinado por la relación del estado momentáneo al estado determinado por la consideración de la vida en su conjunto, es el que constituye la *apreciación*, da á la moral un fundamento puramente subjetivo ó personal, quedando por determinar la relación ideal de la apreciación personal á la norma de la acción.

Esta norma ó ley moral se basa en una relación armónica entre el interés de la vida considerada en su conjunto y el impulso del momento particular. Esta ley supone dos prescripciones esenciales: una relativa al interés del instante en relación con la vida total, y otra relativa á su intensidad vital. El contenido de la ley moral es lograr el mayor bien posible y el mayor progreso posible del mayor número posible de seres conscientes.

Una acción es *buen*a, si considera la vida en su conjunto y si da á su contenido toda su plenitud é intensidad; y *mala*, si tiende más ó menos á deshacer el conjunto de la vida ó á disminuir su contenido. Las acciones son buenas ó malas, según que conserven, desenvuelvan ó impidan el bien de los seres conscientes. El mal es lo que disocia y aísla. El *bien universal* es el principio objetivo que determina el contenido de la moral y la apreciación de los actos humanos.—Para que una acción moral tenga valor, debe desenvolver la vida de los seres conscientes. Bien es todo lo que satisface las necesidades de la naturaleza humana. Sigue, en parte, á Benthan en la doctrina del bien (utilitarismo). El bien y el mal son relativos. No hay bien ni mal en sí.

Proponerse un fin implica sentimientos de placer y de dolor (contenido de la conciencia moral) sin ninguna determi-

nación del círculo de representaciones, al cual están unidos estos sentimientos.

La idea del deber, en su aspecto individual, tiene su raíz en la voluntad, y en su aspecto social, nace del sentimiento de simpatía por el grupo de que el individuo forma parte, como simple unidad. En otro aspecto, el sentimiento del deber se deriva de la evolución del sentimiento de justicia. Hace la crítica del imperativo categórico de Kant, considerándolo como una revelación misteriosa, que descuidó la evolución natural de los sentimientos del individuo, punto de partida, según Höffding, de toda ética científica.

Según hemos visto, la moral ha de tener, según Höffding, una base y un criterio. Pues bien; el criterio, que es un principio objetivo, supone un postulado subjetivo, por el que la regla de apreciación de un acto se apoya en ciertos postulados psicológicos é históricos determinados (personalismo). La subjetividad, la conciencia, que debe ser regulada por el principio objetivo, permanece siendo siempre ella misma el fundamento, que se ha de aceptar; pero es preciso que la moral filosófica compruebe expresamente en qué punto de vista se encuentra colocada la subjetividad que se propone. Aparte de que este personalismo moral conduce en muchos casos á un probabilismo oportunista, porque no se separa en cada acto lo que de individual y social tiene el mismo, ni lo que de histórico y permanente posee, queda aún por precisar la relación exacta entre la base y el criterio, el fundamento intrínseco de la moralidad, que explique dicha base y dicho criterio y establezca entre ambos conexiones científicas. Al examinar las diferentes relaciones entre la base y el contenido de la moral, así como en la ética individual, se decide por los sentimientos de placer, que siendo constitutivos de la conciencia moral, son expresión de la afirmación de la vida, de su plenitud y crecimiento; en la ética social, sostiene que el amor de humanidad con un carácter científico, es decir, *objetivo y realista*, es el que responde mejor á la relación entre la base y el contenido de la moral.

Para Höffding, entre la ética individual y la ética social, no hay esa separación absoluta que algunos quieren establecer. Concibe al individuo como social. El sentimiento de simpatía es la base de todos los sentimientos sociales. Los sentimientos sociales de placer y de dolor están determinados, no sólo por la condición del individuo, sino también por las *condiciones vitales de una sociedad en la cual el individuo sólo constituye una unidad particular*. Pero dentro del orden moral general, el individuo tiene valor propio, sustantivo, no es un mero instrumento de la sociedad. En el aspecto objetivo de la moral, es un elemento que sirve para aumentar los generadores de acción. Es un centro personal de energía.

La moral individual presupone siempre la moral social. Después de hacer un estudio histórico de la importancia, atribuida unas veces al factor individual y otras veces al factor social con carácter preponderante, afirma que al desarrollo personal hay que darle una finalidad social, que agrande la misma persona individual al hacer gravitar sus energías sobre la vida social. Ya decía Schiller que los fines grandes *agrandan* la voluntad que los persigue. «Viviendo para otros hombres y otras cosas distintas de uno mismo, el individuo recibe también impulsiones nuevas y vigorosas para su vida individual propia.» «Todo aquello en qué y por qué vive el hombre por la simpatía, es un enriquecimiento y un ensanchamiento de su persona.» Este, á cada instante, es fin y medio.

El principio de la personalidad libre de Kant, por el que toda persona viene á ser su fin en sí, lo deduce del principio del bien, «que supone que estamos en condiciones de ponernos en el lugar de los centros extraños (personas) y calcular la influencia que en ellos ejercen los actos que se tratan de juzgar». Sobre este postulado descansa la simpatía. Kant desarrolló la intensidad y universalidad de la persona moral. Aceptando su doctrina, la amplía á todas las esferas de la personalidad, considerando al hombre como fin y medio á la vez, como unidad de una multitud. Las personas, según

él, «no son solamente centros en que el valor de la vida es sentido, sino también puntos de donde los movimientos de la vida no cesan de irradiar de nuevo». Esto viene á contradecir el carácter unilateral-afectivo de su sistema moral, que pudiéramos llamar *hedonismo evolucionista* con mezcla de utilitarismo mitigado.

Biológica y sociológicamente, el desarrollo individual es un medio de hacer avanzar al progreso y á la vez el régimen de cultura de una sociedad; es la condición indispensable para sacar del individuo todas las posibilidades éticas de que es susceptible. El aspecto social de la individualidad está comprobado: 1.º, por la producción del dolor y su justificación; 2.º, por la teoría de la personalidad (de Kant), y 3.º, por la motivación moral. Toda moral, sea individual, ó sea social, es, según Höffding, un ideismo práctico. Supone prosecución de fines y un ideal con raíces en el espíritu y en la realidad.

Uno de los capítulos más interesantes de la *Ética* de Höffding, es aquel en que estudia las relaciones entre la cultura y la moral. Para él la idea de cultura es más amplia que la de moral. Cultura es elaboración de la materia proporcionada por la naturaleza. Entre la cultura y la naturaleza no existe límite alguno de separación.

La cultura es un proceso constante de naturalización. Además de la idea de cultura, que es una idea normal, existe el sentimiento, que puede ser una alegría sin piedad. Las condiciones de toda cultura son: 1.º, equilibrio entre la actividad y las resistencias que hay que vencer; 2.º, concentración de fines, y 3.º, adecuación de las actividades internas á las exigencias exteriores. La cultura no es objeto de elección, sino producto de la evolución. En esto se funda el carácter fatal y necesario que debe tener toda cultura. Pero la moral debe tender á humanizar la cultura, cuyos efectos tienden á aumentar la solidaridad social y la caracterización individual. La gran misión moral de la cultura es imprimir á la vida una dirección personal. En el seno de la cultura se encierra la po-

sibilidad de aumentar los fines humanos. Toda lucha por la cultura tiene un carácter moral, porque, al ensanchar los fines éticos de la vida, hace posible una mayor realización del bien. En el valor moral de la cultura se funda la imposibilidad de construir un sistema cerrado de moral. La moral sólo conduce á certidumbre empírica.

Toda evolución moral, sea individual ó sea social, abarca desde el *instante* hasta la humanidad. Así como el contenido moral de todos los instantes nos da la materia moral de una vida personal, el contenido ético de una vida individual tiene una fase social, y toda sociedad un aspecto humano.

Toda evolución moral es un proceso de humanización y de emancipación. Aquí aparece muy de relieve el carácter humanista de la moral de Höffding, muy en boga hoy en Inglaterra en los estudios de Schiller y Mackenzie. Puesto que la moral es para la vida y no la vida para la moral, aquélla es la que ha de darnos la pauta de su contenido y forma.

En toda evolución moral, la ley más importante es la de *sustitución de valores*, objetivos y subjetivos, relacionados siempre con el sentimiento y con la voluntad. Este principio responde al antiguo principio aristotélico de que las cualidades (virtudes) se originan por la ejecución habitual de los actos correspondientes: edificando se hace uno albañil; enseñando, maestro. El resultado de esta evolución moral es la constitución de un reino humano (sin el carácter orgánico que le asigna Spencer); un reino constituido por la sociedad de personas sometidas á un desenvolvimiento rico y armonioso. Este reino está constituido por diversas especies de sociedades, cuyos elementos diferenciales son: *a*) las fuerzas que le dan unidad; *b*) los fines que persiguen, y *c*) el círculo de individuos que abarcan. Y así se constituye la familia, la libre asociación de cultura y el Estado.

Todas ellas constituyen la materia de la segunda parte de su ética, que desenvuelve con gran profundidad y siempre con un criterio muy personal.

Es sugestivo el capítulo en que estudia las relaciones entre la libertad y la cultura. La libertad, más que un derecho primordial innato, la deduce Höffding cómo la idea de la personalidad del principio del bien. La libertad como la personalidad, son á la vez fin y medio. Y he aquí como al mitigarse aquel liberalismo utópico, que produjo la Revolución, haciéndole arrancar de bases más reales y humanas, vuelve á remozarse su espíritu y á hacerse compatible con todo anhelo de mejora y de reivindicación suscitada por las nuevas organizaciones sociales, que no encuentran en la triple divisa republicana (L. E. F.) las condiciones indispensables de armonía y convivencia, en relación con la organización actual.

La filosofía de la religión.—Es rasgo característico de los pueblos de raza latina tener una vida religiosa, en la cual, las formas externas, lo son todo, y el valor intrínseco, es decir, el fondo, es un extracto de tradición, *sin valor actual*, ó, hablando en el lenguaje de Höffding, que no responde á la hipótesis de la conservación del valor, en la que él funda su filosofía de la religión. La religión de los pueblos latinos, ó íntimamente emparentados con Roma, caracterízase por una poderosa organización eclesiástica, por la existencia de jerarquías y de clases en las comuniones religiosas (y por una afición desmedida al culto externo, al que se le da carácter magnífico y esplendoroso, el rito y la liturgia). La disciplina tiene más ponderación que el dogma. La fe implícita, que es la fe del carbonero, si da cohesión aparental á la comunidad cristiana, le quita robustez y fuerza integral, que nace sólo, cuando en el dominio de la experiencia personal, ejercita el individuo su espíritu y lo agranda con concepciones originales. La necesidad de unidad en la creencia ahoga la libertad de dudar, que muchas veces puede conducirnos á una fe más honda. A la crisis profunda porque atravesaron en el siglo XIX las ideas y sentimientos religiosos, ha sucedido, en los albores del XX, una necesidad de creer en las almas, un renacimiento de religiosidad, aun dentro de la irre-

ligión, otorgándose á la concepción religiosa del mundo y de la vida un valor sustantivo, un valor que se conserva, con carácter imanente, en el espíritu humano á través de las diferentes formas de religiosidad con que se viste.

Los antiguos conflictos entre la ciencia y la religión, y los clamores de bancarrota con que Brunetière quiso anunciar la crisis del valor de la ciencia, acusan un estado de alma apasionada en el estudio del problema religioso. Era necesario que, pensadores libres de los *dogmas* de la *ciencia* y de la *religión*, analizasen, críticamente, el problema del valor, de la importancia y de la naturaleza del sentimiento religioso. Las obras de William James, de Guyau, de Eucken, Leuba y Höffding, son otras tantas muestras de la fase actual que toma el problema religioso en el mundo científico. En el reciente Congreso de Educación moral, celebrado en Londres, se debatieron, con avidez, las relaciones entre la Ética y la Religión, y se vió que las palabras *laicismo* y *clericalismo* son típicas para plataformas de partido. Los estudios de la *Filosofía de la Religión*, de Höffding, van encaminados «contra los dogmáticos demasiado llenos de seguridad, y contra los librepensadores, satisfechos de sí mismos». «¡Profetas de la derecha y profetas de la izquierda!» El problema está entre los dos partidos, y los dos lo plantean, cada uno á su manera. En España tenemos dos mentalidades poderosas: Giner y Unamuno, que en este punto tienen concepciones radicalmente distintas, acercándose la de Unamuno á la de los filósofos arriba citados, y tendiendo la de Giner á la hegemonía de la ciencia, que sirve de base, á sus discípulos políticos, para la propaganda del laicismo, la neutralidad escolar, etcétera, etc. En general, en España la conciencia social acusa más bien una *arreligiosidad* que una *antirreligiosidad*. La lucha entre el *laicismo* y el *eclesiasticismo*, no tiene contenido ético ni criteriológico. Pudiera muy bien ser un capítulo añadido á la *Filosofía de los trajes*, de Carlyle. Son, muchas veces, riñas en el comedor por mangonear en la despensa. Y ello tiene su motivo. Una separación honda existe entre la

cultura eclesiástica y la cultura civil en los países latinos. El Seminario, la Universidad y la Academia militar, son tres viveros de generaciones de hombres que, por espíritu de corporación, se educan para combatirse y dominarse mutuamente. El silogismo y el microscopio son máquinas de guerra como el maüser. Y hay que luchar con ellas para justificar, por lo menos, la existencia de ellas. Una organización integral de la cultura, una concepción de ella como nexo que el trabajo establece entre el hombre y la naturaleza para humanizar éste y naturalizar aquél, un ambiente de tolerancia y de paz, no son posibles sin que el *ros*, la *muceta* y el *bonete* se pongan de acuerdo primero, para combatirse después.

Por eso no nos cansaremos nunca de propagar estas ideas, que creemos salvadoras, señalando con el dedo á la enorme legión de boecios, que en nombre de la razón y de la revelación, detentan un monopolio de las almas, ejercido á base de ignorancia. La *Filosofía de la Religión*, de Höffding, viene á España é Hispano América á llenar una laguna.

Höffding no es un confesional, ni un creyente; pero no deja de reconocer los grandes servicios que las formas tradicionales de la religión prestaron á la causa de la cultura. Su *Filosofía de la Religión* es un estudio crítico, psicológico y moral del problema religioso. Entre la religión y la ciencia establece la relación del centro á la circunferencia, una relación armónica. Actualmente la religión y la ciencia hablan lenguajes diferentes. Son dos imágenes retinianas de la realidad, sin haber logrado su fusión en la visión binocular total y única de ella. Ya en 1897, apuntaba Höffding la idea de si es bastante una concepción científica del mundo ó si hay además tendencias y elementos que, sin ser contrarios á la ciencia, no estén sujetos ni puedan estarlo á una explicación científica. Esta idea ha sido el hilo conductor de la corriente mental, que en el espíritu de Höffding planeó la *Filosofía de la Religión*, publicada catorce años después.

La primera parte de la *Filosofía de la Religión* es un estudio crítico de las ideas que la Metafísica y la Teodicea tra-

dicionales desarrollan, para buscar un fundamento filosófico á las construcciones religiosas. En ella analiza la explicación de la idea de causa, la concepción del espacio y la de tiempo. Lo más importante y original, es el artículo que consagra al «Pensamiento y á la imaginación», con que termina esta primera parte. La conclusión á la que llega en esta primera parte, es negativa. El pensamiento puro no puede fundamentar la vida religiosa. Hay que buscar la base en otros aspectos de la vida espiritual. Porque la religión no es una construcción artificial, es un producto vivo. Su valor criteriológico es escaso, porque (A) no puede dar una explicación de los sucesos particulares; (B) sus ideas no son capaces de aportar una conclusión al pensamiento científico, y (C) estas ideas tienen más bien el carácter de metáforas que de conceptos. El sentido que tienen las ideas religiosas es simbólico, expresan sentimientos, aspiraciones y deseos del hombre en la lucha por la vida, y por eso son secundarias atendiendo á su origen y á su valor.

En esto la filosofía de la religión se aparta del dogmatismo. Pero la religión supone siempre una contribución mayor ó menor de conceptos para su desenvolvimiento, y estas ideas tienden á conciliarse con aquellas otras, á las que por otros métodos llegó el hombre. ¿Cómo conciliar la concepción científica con la concepción religiosa? La ciencia nos presenta el mundo como un inmenso sistema inmensurable formado por grupos y series de causas; la religión nos da una concepción, que hace del Ser Supremo el foco de donde irradia el desenvolvimiento y la concepción del valor. ¿Qué relación existe entre el valor y la causalidad, las imágenes de la vida y las imágenes del mundo? Hé aquí el problema epistemológico de la *Filosofía de la Religión*, que tiene carácter insoluble. Sólo dentro del campo de la psicología puede tener justificación la hipótesis de la conservación del valor. El negativismo critereológico de Höffding en el terreno religioso, no nos parece tan fundado como á primera vista se presenta, porque en la vida del espíritu los procesos conceptua-

les y de ideación simbólica, como productos y formas mentales, han de procurar integrarse y armonizarse formalmente, cuando el contenido real es el mismo. La experiencia psicológica acusa que todo proceso conceptual se desenvuelve paralelamente á procesos simbólicos y asimilaciones simultáneas. El problema está en determinar cómo el pensamiento y la imaginación pueden normarse y trascender armónicamente á la realidad, que los estimula al trabajo mental. Nosotros también creemos que la ciencia, el arte y la religión tienen un significado armónico para la vida, y son valores que en su escala dan plenitud á la esencia y riqueza al contenido de aquélla. Sólo una profunda división en el trabajo mental, y una especialización en la inspección y estudio del universo, trae aparejados antagonismos, que un día desaparecerán, cuando la mente humana tenga plenitud integral de aptitudes y el campo de la realidad esté mejor explorado. Hay siempre en cada etapa del progreso mental un factor incognoscible. El problema está en determinar la separación precisa entre lo que temporalmente se nos presenta como incognoscible y lo que con carácter permanente aparece como inconcebible. La historia de los conceptos y nociones puras en este campo, puede aportar una gran contribución para la solución del problema.

La parte más fundamental de la obra de Höffding, es el estudio que dedica á la *Psicología de la Religión*, y es también la que ocupa mayor espacio y logra mejor desenvolvimiento.

Lo característico de su *Psicología de la Religión* puede reducirse á tres puntos fundamentales: 1.º, concepto de la experiencia religiosa, en cuyo estudio tiene muchos puntos de contacto con James; 2.º, el axioma de la conservación del valor, que es para él el principio fundamental de la vida religiosa; y 3.º, el principio de la personalidad, que es desenvolvimiento y aplicación del que con carácter más general desarrolla en su *Ética* y que viene á ser una característica fundamental de toda su filosofía.

Las relaciones que existen entre el valor de la vida y la realidad, hacen que el sentimiento religioso desempeñe un papel en la vida de la conciencia, cuando se considera como un efecto de las experiencias que tienen lugar sobre aquellas relaciones. Este problema es siempre nuevo y siempre viejo, aun cuando, según Comte, el período de las religiones positivas desaparezca. El examen histórico de los motivos de la creencia permite afirmar que «la necesidad religiosa nace de la impulsión á afirmar la conservación del valor».

En la tercera parte de la *Filosofía de la Religión*, estudia Höffding las relaciones entre la Religión y la Moral. Ya en la *Ética social* dedica Höffding tres capítulos al estudio de las relaciones entre la Moral y la Religión. Juzgamos que son complemento indispensable de los que al mismo asunto consagra en la obra que examinamos.

El valor moral de la religión consiste, según Höffding, en que ella está encargada del desenvolvimiento de valores nuevos y de la conservación de los viejos. La religión no es una hipótesis necesaria para el desenvolvimiento de la vida moral, y menos para su dirección, pero puede aumentar el valor y la fuerza de esta vida. En resumen, la religión es una forma de vida espiritual, que, para conservar la vida en su plenitud, «no debe desaparecer, sin que se desenvuelva en su lugar una forma de vida equivalente». «La religión en su desenvolvimiento histórico, así como también en sus motivos, valor y contenido, supone una base moral, aun en aquellas circunstancias en que tiene la pretensión de servir de base á la moral.»

Lo más importante de esta sección es el estudio dedicado á la «Religión como forma de cultura espiritual», donde examina los diferentes aspectos psicológicos y sociológicos de la religión, en relación con la concepción y significado fundamental de la vida. El balance que hace de la religiosidad en la comunidad cristiana y el estudio de la evolución histórica del cristianismo de acuerdo con Harnach y Ritschl, es exacto. No tardará en aparecer en Francia algún nuevo pensador

al estilo literario de Renán, para que, bebiendo en tan buenas fuentes como aquél bebió en Straüss, adobe en la cocina francesa esta nueva tajada que el espíritu alemán pone en el mercado para saciar los espíritus latinos con apetito de divinidad, ó con dispepsia religiosa. El estudio del problema religioso con obras como la de Höffding puede ser muy provechoso en España, donde la pasión agita la razón y ésta se mueve calculando una utilidad. Ella viene á demostrar cómo en la conciencia contemporánea hay manifestaciones individuales de espíritu religioso, libre de formas y de dogmas, una comunión de almas de carácter ultraconfesional, solidariamente atada por el amor humano, para aumentar la dicha de la vida y disminuir el dolor de los hombres. Höffding es un libre pensador con un alto espíritu y sentimiento religioso, una fuerte individualidad impregnada de tolerancia, cuya obra tiene un gran valor educativo para los fanatizados. Tal vez en ella no se encuentre una profunda unidad interna, la íntima sistematización del asunto, porque considera la materia usándola como desde tres puntos de vista distintos; pero la aborda con seriedad y, sobre todo, con recta intención de investigador, sin prejuicios negros ni rojos.

ELOY LUIS ANDRÉ,

Catedrático de Filosofía.